

“de la esencia divina; y solo la Iglesia sabe adorarle.”¹ Por esto es forzoso hacerle la guerra.

Solo la Iglesia sabe adorar á Dios y conserva su nocion práctica en el mundo; porque solo ella es la única que afirma á JESUCRISTO, que conserva su doctrina, que comunica su vida á JESUCRISTO, que es la *forma de Dios*,² la *figura de su sustancia*.³ Dios CON NOSOTROS.⁴ Hijo adorable del Eterno por quien tan solo tienen nuestras adoraciones respecto de la divina Magestad, un valor infinito, y que son, en su consecuencia, dignas de ella.

La IGLESIA, JESUCRISTO, DIOS: tres verdades, tres creencias, prácticamente solidarias en el mundo; que hacen que no pueda ponerse en duda una tan solo, sin que lo sean las otras dos, y todo el orden social. “El que os desprecia á vosotros, dijo el mismo Jesucristo á la Iglesia, me desprecia á mí; y el que me desprecia á mí, añadió, desprecia á Aquel que me envía.”⁵

La guerra que se les hace es abierta ú oculta, y es mas funesta en un sentido cuando es oculta que cuando es abierta, mas funesta cuando se dirige á la Iglesia que cuando se dirige á JESUCRISTO, y cuando se dirige á Dios, porque se atrae á sí mas inteligencias fascinadas y de buena fé que huirian de ella si descubrieran su fondo.

Así, pues, resultará haber rendido M. Renan un servicio real á la causa del orden y del bien comun, descubriendo la cuestion de JESUCRISTO agitada implícitamente en la de la Iglesia, tanto mas, cuanto que, como mas adelante veremos, no puede atacar la creencia en JESUCRISTO sin dirigirse contra la de Dios, y por ello, contra la razon misma, y sin descubrir el verdadero fondo de la Revolucion y de la impiedad: el ateismo y la sinrazon.

Tal es la cuestion en toda su trascendencia y con todas sus consecuencias, con todos sus linderos ó confrontaciones.

1 De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. 1, p. 27.

2 San Pablo, Philip. II, 6.

3 Idem, Hebr. I, 3.

4 Is. VII, 15. San Mat. I, 23.

5 San Luc. X, 6.

CAPITULO III.

EL MÉTODO.

(EL NUESTRO.)

Los dos capítulos que vamos á dar sobre el método son los mas importantes, bastando por sí solos para hacer prejulgar la cuestion. A tal método, tal tésis; á tal camino, tal fin.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos; si esclarece la cuestion, si apela al juez y al adversario mismo, á su razon, á su conciencia; si, finalmente, pone en juego los principios elementales de toda conviccion, de tal suerte que prepara la condenacion manifiesta de quien de ellos se sirve cuando es falsa su tésis,—hay motivo para creer que esta tésis es verdadera, en virtud de la misma rectitud que presidió al método, y sobre-todo del interés de quien no temió emplearlo.

Por la inversa, si se estralimita un método de las vias comunes del raciocinio; si se atribuye inmunidades y se abroga dispensas; si se atrinchera en su tema sistemáticamente; si se impone con su osadia ó se evade por medio de la insinuacion; si se vé reducido, á pesar de estas licencias, á recusar abiertamente la conciencia y el-sentido comun, y á crear, por requerirlo así la causa, una moral y una lógica escepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia se tacharia de falta de probidad y de sinrazon, fácil es de juzgar lo que puede ser semejante causa!

Pues bien, el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo, el segundo es el de M. Renan.

El *cristianismo*, ha dicho Fontenelle, *es la única religion que tenga pruebas*. ¡Y qué pruebas! imponentes, numerosas, diversas, de naturaleza capaz de causar sensacion en toda clase

de entendimientos y de caracteres, de impresionar á un mismo entendimiento en las diferentes disposiciones en que puede encontrarse, sin dejarle jamás en una duda legitima. Pruebas colosales, palpables, irrefragables, para quien no quiere cerrar los ojos voluntariamente; las profecias, los evangelios, los milagros, la persona de Jesucristo, el establecimiento del cristianismo, su doctrina, sus frutos, su estabilidad y su perpetuidad, invencibles en el milagro constante y creciente de la Iglesia. Y además de estas pruebas fijas y generales practicadas para los entendimientos de todos los tiempos y lugares, reserva aún el Cristianismo para cada siglo y para cada evolucion del espíritu humano, pruebas especiales que solo son apreciadas en el momento en que llegan á ser necesarias; y que responden de una manera exacta y paralela á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad.

El Cristianismo es un sistema de fé erizado de un aparato de pruebas. Hállase la fé en el centro de un batallon en cuadro y en marcha, que opone por todas partes á la incredulidad, los argumentos históricos y racionales de una demostracion invencible.

Argumentos históricos y racionales, digo, que nada quitan á la fé, que van á parar á ella, pero partiendo siempre de la razon; probando la divinidad de la institucion con hechos, estos hechos con testimonios, estos testimonios con la escritura y la tradicion; hechos, testimonios, escritura y tradicion, como todos aquellos sobre que descansa la historia, y que solo difieren de ella en que son incomparablemente mas ciertos, mas veridicos, mas auténticos y mas garantizados, hasta el punto de no poderseles recusar sin ver desmoronarse todos los fundamentos de la credibilidad humana.

¡Qué hechos, en efecto, los que han sido necesarios para convertir el mundo! ¡Qué testimonios aquellos cuyos autores se dejan degollar! ¡Qué escrituras, qué informaciones, qué documentos, los Evangelios, en que no han podido hacer mella diez y ocho siglos de diseusion, y cuya autenticidad se confiesa en el dia por la crítica mas subversiva! ¡Qué tradicion, en fin, la que se adapta inmediatamente á los Evangelios por todas las iglesias que de ellos han salido, y que se prolonga hasta nuestros dias en la grande Iglesia!

No se necesitaba menos, convengo en ello, para determinar á creer á la razon; á creer cosas que no son contrarias á ella sin duda, que hasta la arrebatan cuando llega á penetrarlas,

pero que son superiores á ella. Dios se debía á si mismo y nos debía pruebas que no permitieran á la conciencia ilustrada dudar de su intervencion para que solo tuviera ya despues que creer en su palabra.

Pero á proporcion que debía dar pruebas, no debía amoldarse á las malas exigencias de la incredulidad sistemática, que solo invoca las pruebas para huir de ellas, y que solo busca en ellas pretestos para no rendirse á su fuerza. Dios no debía ser juguete del hombre.

El Cristianismo es, pues, eminente y sabiamente *probativa*, llenando toda la medida de la conviccion humana que no se sustrae á él.

Este es el carácter que le há distinguido desde su origen. Su autor, Jesucristo, aun afirmándose Dios, no pretendia dispensarse de probar su afirmacion, ni ser propio testigo de si mismo. *Si testimonium perhibeo de me ipso, decia, testimonium meum non est verum.*¹ Colocando el primero con sus divinas manos las columnas de la apologética cristiana apelaba de ella contra la incredulidad que se agitaba en torno suyo, primeramente al testimonio de Juan, su maravilloso precursor, de tanto crédito entonces en Judea;² despues al testimonio mayor de su Padre celestial, por los milagros que le habia concedido hacer;³ al de las Escrituras y profecias que le habian anunciado;⁴ al de sus apóstoles, testigos de su trasfiguracion y delegados de su potestad por toda la tierra;⁵ á la revolucion universal que iba á verificar despues de su muerte atrayendo al mundo á su cruz;⁶ y finalmente, á la esperiencia de su doctrina que atestigua su verdad con sus frutos.⁷

Los apóstoles mantuvieron al cristianismo este carácter tes-

1 San Juan V, 31.

2 Vos misistis ad Joannem, et testimonium perhibuit veritati. (San Juan, v. 33).

3 Ego autem habeo testimonium majus Joanne; opera enim que dedit mihi Pater, ut perficiam ea, ipsa opera que ego facio, testimonium perhibuit de me, quia Pater misit me. (San Juan, V, v. 36).

4 Scrutamini Scripturas: et illæ sunt, que testimonium perhibent de me (San Juan, c. V, v. 39). Si enim crederitis Moysi, crederitis forsitan et mihi: de me enim ille scripsit. (San Juan, c. V, v. 46).

5 Vos autem testes estis horum, (San Luc, c. XXIV, v. 26). Et eritis mihi testes in Jerusalem et in omni Judæa, et usque ad ultimum terræ. (Act., c. I, v. 8).

6 Quando exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.

7 Si quis voluerit voluntatem Patris mei facere, cognoscet de doctrina utrum ex Deo sit, an ego á me ipso loquar. (San Juan, c. VII, v. 17).

timonial y demostrativo, al que la falsa condición de la impiedad había ya intentado oponer sus quimeras. "Porque no os hemos hecho conocer el poder y la presencia de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo *fábulas ingeniosas, sino despues de haber contemplado con nuestros propios ojos su Magestad;—además, nosotros tenemos los oráculos de los profetas, cuya certidumbre es inatacable, porque en ningun tiempo fué dada la profecía por voluntad de hombre, mas los hombres santos de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.*¹ —Lo que fué desde el principio, *lo que amos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que consideramos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida Esto es lo que os anunciamos.*"² — "Porque muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han pasado entre nosotros, dice san Lucas, segun la relacion que nos han hecho *los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la palabra; me pareció tambien á mí, exactamente informado de todas ellas desde su origen, escribirlas por su orden, muy ilustre Teófilo.*"³ Y San Pablo anunciaba tambien el Cristianismo como apoyándose en el fundamento de las apóstoles y de los profetas, y viniendo á trabarse en Jesucristo *que es la piedra angular sobre que se levanta todo el edificio de la creencia.*⁴

Con este carácter determinado, exacto, afirmativo; con este acento de sinceridad y de rigor histórico y antilegendario que no se advierte menos en san Mateo que en san Marcos, y hasta en san Júdas, y en la admirable epístola de Santiago, es como se ofrecen á nuestros ocho historiadores ó testigos directos de Jesucristo, formando cuerpo, tanto por la diversidad cuanto por la uniformidad de su testimonio, sellándolo con su vida apostólica y con su sangre, y formando como el primer núcleo de la demostracion evangélica.

Desde entonces, creciendo el Cristianismo, no ha cesado de siglo en siglo de producir sus demostraciones, sus apologeticas, sus testimonios y sus argumentos de todas clases, esponiéndolos á todo el fuego de la discusion. Y ¡cosa admirable y verdaderamente convincentel al paso que la incredulidad ha renovado mil veces sus armas, no se ha debilitado una sola de las pruebas

1 San Pedro, 2ª epístola, c. I, 16, 19, 20 y 21. Todo este pasaje de san Pedro se dirige á la persona de M. Renan.

2 San Juan, 1ª epístola, c. I, 1, 2, 3.

3 San Luc., I, 1.

4 San Pablo, á los Ephes. c. II, 20 y 21.

mas antiguas de nuestra fe, y su haz se acrecienta todos los dias con las nuevas pruebas que le lleva cada movimiento y cada paso del entendimiento humano.

Un incrédulo del último siglo que experimentó mas que otro alguno la fuerza invencible, tanto como el número y la diversidad de las pruebas del Cristianismo, Juan Jacobo Rousseau, esponia y confesaba su poderosa economía de esta suerte:

"Teniendo los hombres cerebros tan diversamente organizados, no pueden impresionarse igualmente con los mismos argumentos, sobre todo, en materia de fe. Mientras el entendimiento de unos se impresiona con una clase de pruebas, al de otros le causa sensacion otra clase enteramente diferente. Hay ocasiones en que todos pueden convenir en lo mismo, pero es muy raro que convengan en ello por las mismas razones.

"Cuando da, pues, Dios á los hombres una revelacion que todos están obligados á creer, es necesario que la apoye en pruebas aceptables para todos, y que, por consiguiente, sean diversas, como las maneras de ver de los que deben adoptarlas.

"Segun este raciocinio, que me parece sencillo y exacto, se ha observado que Dios dió á la mision de sus enviados diversos caracteres que la hacian capaz de ser reconocida por todos los hombres, pequeños y grandes, sábios é ignorantes, discretos y necios. El que tiene el cerebro flexible ú organizado para afectarse á un mismo tiempo con todos estos caracteres es sin duda afortunado; mas el que solo se impresiona por alguno de ellos, no es digno de lástima por eso, con tal que se impresione lo suficiente para quedar persuadido.

"El primero de estos caracteres, el mas importante, el mas cierto, se deduce de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su belleza, de su santidad, de su verdad, de su profundidad, de todas las demás cualidades que pueden anunciar á los hombres las enseñanzas de la suprema sabiduria y los preceptos de la bondad suprema. Este carácter es, como he dicho, el mas claro, el mas infalible, llevando en sí mismo una prueba que dispensa de las demás; pero es el menos fácil de consignar, y exige para que se sienta, estudio, reflexion, conciosos, que son instruidos y que saben raciocinar.

"El segundo carácter se halla en el de los hombres escogidos por Dios para anunciar su palabra; su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin mancha, sus virtude

“inaccesibles á las pasiones humanas, son juntamente con las cualidades del entendimiento, la razon, el ingenio, el saber, la prudencia, otros tantos indicios respetables; cuya reunion, cuando todo es concorde en ella, forma una prueba completa en favor suyo, y revela que son mas que hombres.¹ Este es el signo que impresiona con preferencia á las personas de rectitud y bondad que ven la verdad allí donde está la justicia y solo oyen la voz de Dios en boca de la virtud.

“El tercer carácter de los enviados de Dios, es una emanacion del poder divino que puede interrumpir y cambiar el curso de la naturaleza á voluntad de los que reciben esta emanacion. Este carácter es, sin contradiccion alguna, el mas brillante de los tres, el mas ostensible, el mas relevante, el que por medio de un efecto sensible parece requerir menos discusion y examen; por eso es este carácter el que impresiona mas especialmente al pueblo.

“Aquí me detengo sin investigar si puede continuarse esta enumeracion, porque esto es inútil para la cuestion presente, por ser claro que cuando se hallan reunidos todos estos signos, son suficientes para persuadir á todos los hombres, á los buenos, á los sábios, y al pueblo; á todos, excepto á los locos, á los incapaces de razon y á los malos que no quieren convencerse de nada.”²

Tales son nuestras pruebas, tal nuestro método: esencialmente, eminentemente lógico y racional; partiendo siempre de la razon; razon filosófica, razon moral, razon histórica, razon científica, razon social, razon práctica; enumeracion que podria seguir adelante, pero cuya indicacion es suficiente para demostrar que el modo de conducir y de elevar al hombre el Cristianismo á lo sobrenatural y á la fe, es adaptarse á su naturaleza, impresionándole ó apoderándose de él por todas sus facultades y por todos sus instintos.

Me confundo, en verdad, cuando leo en M. Havet estas lineas: “El filósofo parte de la razon, el creyente parte de la fe. Para él³ no necesita la fe producir títulos, sino que solo tiene á lo mas que defenderse de los que se pretenden presentar con-

1 Tal fué Jesucristo; tales fueron por su gracia los apóstoles, los doctores y los santos; mas que hombres; por la virtud divina que hizo de ellos héroes y en su consecuencia, sus testigos. “La señal especial de nuestra veracidad, decia Montaigne, es nuestra virtud.”

2 Tercera carta de la Montaña.

3 Para él, es anfibológico; M. Havet ha querido decir: para éste.

tra ella... Para el ortodoxo es sagrado el Evangelio y debe presumirse que todo en él es cierto... Cree el prodigio que en él se refiere, exige su creencia y pide la demostracion de que no se puede creer. Estas demostraciones á redopelo no son ni pueden ser siempre factibles, pero cuando se hacen, se las elude. Se sale de un mal paso á costa de una interpretacion violenta ó con una suposicion ú otro artificio, etc. Esta clase de libros pueden satisfacer á un lector que tiene la misma fe que el autor y que no quiere que se le turbe en ella; pero no á los verdaderos libres pensadores.”²

Así es como juzga M. Havet esta clase de libros (nuestros apologéticos) despues de haber mencionado las bellas obras de M. Wallon, declarando que no compara con ellas el libro de M. Renan, y que si no entra en esta discusion, no es por desdenar la autoridad de las personas ó las pruebas que aducen en estos libros, sino por la imposibilidad de verificarlo sin aceptar por este mismo hecho una suposicion inaceptable, la de que sea ni siquiera posible lo sobrenatural.

Aplazamos el examen de esta última proposicion; mas la escepcion de incontestacion que de ella deduce M. Havet contra nuestros trabajos apologéticos, nos esplica la causa por qué no los ha leído y la falsa apreciacion que de ellos ha hecho.

Porque si efectivamente los hubiera abierto, hubiera visto que no son otra cosa que demostraciones históricas, críticas ó filosóficas, y todas esclusivamente racionales, del Cristianismo. Me bastará apelar al público que lee esta clase de libros contra la preocupacion de M. Havet que no los conoce sino por las cubiertas; sin que le llame la atencion siquiera su titulo, y que solo ve en ellos suposiciones, interpretaciones violentas, artificios, y especialmente cosas sobrenaturales.

En su excusable error, puesto que no los ha leído, y en su inexcusable temeridad, puesto que lo confiesa, confunde el método de los creyentes entre si y el método de los creyentes con respecto á los filósofos. Estos dos métodos, que se emplearon siempre en la sociedad cristiana, no se han confundido nunca.³ Solamente en nuestros tiempos ha prevalecido de tal modo el método racional, que ha desterrado casi enteramente el método creyente, y que han subido hasta al púlpito la razon y la filoso-

1 Todos estos se son tambien anfibológicos.

2 Revista de ambos Mundos, p. 570.

3 Su distincion aparece en la gran Suma de Santo Tomás, y su Suma contra los gentiles.

fia, relegando la fe detrás del altar. ¿Quién no conoce las inmortales conferencias del R. P. Lacordaire, cuyos terribles golpes han descargado sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan, anticipadamente, al descargar sobre la *Vida de Jesus* del doctor Strauss? Si algo puede censurarse á estas conferencias, censura que recae con mas motivo sobre sus imitaciones, es haber sido superiores al movimiento de fe que produjeron, y haber sido el predicador mas filósofo que su auditorio.

Hablo de los predicadores: y ¿qué diré de los escritores y de los escritores seculares? Séame permitido decir en cuanto á mí, que creo haber justificado, respecto del método, el título de *Estudios filosóficos*, dado á mis trabajos, aun á los que (perdóneme M. Havet) tienen por asunto la VIRGEN MARIA, segun espero probar en breve valiéndome del mismo método.

En todos estos trabajos parten siempre los apologistas de la razon y no llegan á la fe sino por medio de buenas pruebas lógicamente deducidas. La esposicion, la observacion, la discusion histórica ó filosófica, y la fe que brota al fin como el fruto maduro de la razon, he aquí nuestra marcha. No decimos, como se imagina M. Havet; *es libro sagrado, luego es verdadero*, sino que probamos primeramente que el libro es verdadero, y despues añadimos que tiene carácter sagrado. Tomamos un testo, un hecho ó un principio, haciendo abstraccion de su carácter ó de sus consecuencias sobrenaturales, y ponemos á prueba su verdad histórica ó racional, como las de cualquier otro hecho, ó de cualquiera otro principio humano. Lo juzgamos todo y no prejuzgamos nada.

“Para el creyente, dice M. Havet, no necesita presentar títulos la fe, sino lo mas que tiene que hacer, es defenderse de los que pudieran presentarse contra ella.” ¿Cómo? ¿No presentamos títulos nosotros? ¿Y qué hacéis vosotros, pues, desde hace diez y ocho siglos? ¿Qué es lo que combatís si no es nuestros títulos, nuestras Escrituras, nuestras profecías, nuestros Evangelios, nuestros milagros, la persona de nuestro divino fundador, el establecimiento del Cristianismo y su historia; títulos inviolables que llamaba Voltaire ingeniosa y exactamente, *las probanzas, el protocolo de la parte contraria*, y que no hemos cesado de oponeros, abrumándoos con él sin cesar, sin que háyais podido vosotros aminorarlo en un solo documento?

¿Lo mas que tiene que hacer la fe es defenderse de los títulos que pudieran presentarse contra ella!” Pláceme en extremo la cláusula, *que pudieran presentarse*, porque es modesta y pru-

dente, y le sienta á maravilla su carácter condicional. Y en efecto, falta cierto requisito para que la incredulidad presente títulos contra la fe, y es que los haya tenido nunca. Ya lo he advertido y es decisiva la consecuencia. Hasta nuestros dias, no solamente no ha presentado nunca la incredulidad título alguno que pudiera destruir los nuestros, sino que se ha abstenido de arriesgarse á dar la menor esplicacion del gran problema histórico, cuya clave solo nosotros poseemos. Ha eludido la Esfinge, de que nosotros hemos quedado siendo los únicos Edipos. Y únicamente en el dia se arriesga M. Renan en su *Vida de Jesus* á presentar en fin una esplicacion y titulos en su apoyo. ¿Y qué titulos son estos? Los nuestros, solamente los nuestros. ¡Nuestros Evangelios reconocidos ó desnaturalizados, he aquí vuestros titulos!

Resulta, pues, que nuestro método es el gran método racional, que no parte de lo sobrenatural y de la fe, que ni aun los supone, pero que tampoco se desentiende de ellos, y finalmente, que solo los admite cuando no es posible desecharlos sin desconocer la razon misma.

Pero todo esto resultará con mas claridad examinando el método de nuestros adversarios; ellos mismos van á vengarnos efectivamente, con usura, de sus falsas imputaciones.